

## LA BANDEJA DE MIMBRE

**L**A primera vez que, después de su muerte, volví por la tienda de Carlos, había en ella y en la trastienda algunas de las mismas personas que uno hubiera encontrado cuando él vivía, hablando con el apacible tono de siempre.

Aunque yo tuviera la impresión prevalente de la ausencia, las cosas debían ser también las mismas y hallarse en el mismo sitio. Las cosas sabidas, que uno había repasado mientras Carlos atendía, por ejemplo, a algún tradicional cliente huertano que iba a reponer su sombrero negro — ¡qué diálogos perdidos para un murciano archivo de la palabra!

Recorrí con los ojos las estanterías pobladas de etiquetados cubos de cartón, los cuadritos colgados de un larguero, el espejo de pruebas que ha reflejado cientos de rostros de la ciudad y la huerta, cada vez más viejos bajo el nuevo sombrero...

Iba ya a dar por exacto el inventario, cuando, por fin, eché de menos algo que había desaparecido con su dueño, como si él se lo hubiera llevado consigo. Ya no estaba, sobre el pequeño mostrador, la bandeja de mimbre...

En un relato mío de ambiente murciano, Carlos era uno de los personajes en clave. Describía allí su establecimiento: «...comercio, aún más que de su capital mercanca, de las artes y de las letras, donde en una bandeja de mimbre, al extremo del mostrador, se amontonaban, sobre facturas y pedidos, revistas extranjeras, una edición americana del «Cántico» de Jorge Guillén, una carta para Marañón y una tarjeta para Walter Starke...».

Confieso que no sólo en esa ocasión, sino en varias otras que he tenido la veleidad de bosquejar al murciano arquetipo, indefectiblemente tomé a Carlos por modelo. Ahora, con la tremenda perspectiva que da la muerte, tengo la plena certidumbre de no haber errado.



Las razones de esta certidumbre las podrá descubrir cualquiera en lo que ya se ha escrito y se escriba sobre Carlos.

Con él se nos ha ido un tiempo indefinible. No precisamente el de una época determinada, sino el «tempo» vital de Murcia.

Hay personas excepcionales con tiempo propio. Como en la historieta judía, delante, detrás y a los lados de ellas, es el tiempo de todos, pero donde ellas están hay un tiempo distinto, el suyo propio, del que, por notable privilegio, pueden hacer partícipes a sus más allegados en amistad o parentesco.

La participación en este «tempo» —el de Carlos, el de Murcia— constituía —«christmas» de cualquier fecha— su habitual regalo inapreciable, para quienes fuimos amigos suyos. Inapreciable por valioso y por imperceptible.

Sólo ahora nos damos cuenta de ello, al notar su falta. Igual que percibimos que, en el desaparecido cestillo de mimbre, se había salvado de turbulentas aguas la fórmula de una vida limpia, equilibrada y serena, que resolvía, en variante murciana, la aspiración helenística al ideal del sabio.

Sabiduría, no en cuanto a ciencia, sino a fruición inteligente y voluntaria limitación, capaces de proporcionar la paz del espíritu.

